

Comentario de “Charla de los Domingos”

Enrique Chávarri, *Juvenal*, se encargó de reemplazar la columna del barón Gustavo G. Gostkowski publicada por *El Monitor Republicano*, que le permitió 25 años de trayectoria periodística, sellando con ello sus “bodas de plata”, una etapa iniciada en 1871 y culminada en 1896, pocos meses antes del término de la propia publicación periódica. En su “Charla de los domingos”, el autor se encargó de escudriñar la vida social mexicana y de relatar los adelantos e innovaciones que consideró relevantes.

Su seudónimo refiere al poeta satírico latino Décimo Junio Juvenal. El estilo del escritor mexicano fue reconocido y admirado no sólo en su país de origen, sino también en otros como Guatemala, donde Enrique Gómez Carillo intentó reproducir el estilo de Chávarri, e incluso firmó como Lucano.

La crónica que nos ocupa aborda distintos temas, entre ellos la importancia de la celebración del Carnaval en la Ciudad de México, festividad que en 1896 fue regulada por el Ayuntamiento, para que no terminara convertida en una orgía etílica, como en años pasados, ya que seguía a la Semana Santa y los habitantes debían guardar el consabido reposo.

Sin embargo, este reposo, las buenas maneras y el progreso de la población corrían peligro por las apuestas invertidas en los juegos de cartas y las peleas de gallos que, ilícitamente, tenían lugar en el barrio de Tacubaya, entonces considerado parte de la periferia de la Ciudad de México. Chávarri da cuenta de cómo el dinero se evaporaba y la cordura del jugador se desvanecía ante tales prácticas.

El principal público receptor de la sección de Juvenal era el “bello sexo”, por ello dedica una parte de su crónica a la locura femenina, que divide por clases sociales, al ser las trabajadoras víctimas del pesar, y del amor, las féminas de clase acomodada; estas mujeres podían ser internadas en el Hospital del Divino Salvador, conocido también como “La Canoa” por estar ubicado en la calle homónima. En esa época, el interés generalizado en la locura y las enfermedades mentales, así como sus repercusiones dentro de los márgenes clínicos y sociales, llevaría a la inauguración del Hospital Psiquiátrico “La Castañeda” en 1910.

En otro tema, la aparición de los rayos x y del kinestófono trajo el futuro al presente del autor, inventos que –incluso en nuestros días– nos han facilitado la vida en cuanto a la tecnología utilizada en la medicina y en las comunicaciones.

Los espectáculos de los teatros Principal, Arbeu y del Circo Orrin también fueron parte relevante de la vida urbana de la Ciudad de México durante el siglo XIX, y a través de ellos podemos conocer la forma en la que las clases sociales vivían su cotidianeidad y forma de

divertirse. Se impuso y aceptó la importancia de la corporalidad expresada en la ropa, que a la vez funcionó como objeto de lujo y exhibición de las posesiones materiales de su portador. La clase media, por ser letrada, productiva y trabajadora, fue la que más interés mostró en introducirse al mundo de las apariencias, y encontró en los espectáculos el espacio para ver y dejarse admirar.

En el ámbito teatral destaca la puesta en escena de zarzuelas y sainetes que divirtieron tanto al público culto como al popular, con piezas producidas por compañías nacionales y extranjeras. En una de las últimas debió llegar a México la cantante de ópera Fanny Natali de Testa, Titania, quien luego se dedicó a escribir crónicas periodísticas.